

EL DOLOR DE LA MASACRE ¿SERÁ FUENTE DE SABIDURÍA?

P. Pedro Trigo, S.J.

COLOCAR LAS VIDAS HUMANAS MÁS ALLÁ DE LOS CONFLICTOS

El once de septiembre Estados Unidos fue víctima del atentado más sangriento perpetrado en la historia. Su magnitud es tal que ha sido calificado como acto de guerra. Cuando los atentados tienen un móvil político, son perpetrados de un modo sistemático y tienen detrás a una organización, son en efecto actos de guerra; aunque no entren en los cánones de la guerra clásica que se libra entre ejércitos delimitados y reconocibles, dejando en lo posible fuera del conflicto a la población civil.

Ante este hecho nuestra primera reacción es el dolor por las víctimas y la condenación sin ningún atenuante sino con todos los agravantes a los victimarios. Desde este sentimiento primariamente humano nuestra condena se extiende a todo tipo de terrorismo y de guerra.

Matar a una persona nunca se justifica, siempre es un mal, aunque en caso de legítima defensa y para salvar vidas inocentes, sea un mal menor. Pero a estas alturas de la historia la maldad y la irracionalidad de los atentados y las guerras deberían aparecer tan evidentes que la presión de la opinión pública tendría que hacerlos completamente inviables, en el caso de que hubiera líderes que estuvieran pensando en acudir a esos medios.

Si hasta ahora la presión de los grupos que los condenan no ha sido tan masiva y por tanto tan contundente, estas muertes que hoy nos entristecen deberían bastar para que tanto los Estados como la opinión de los pueblos determinen con toda resolución y eficacia proscribirlos para siempre.

Para que esto ocurra debemos asentar con toda nitidez en nuestro horizonte que la vida humana es absoluta. Ningún interés económico o político vale más que una vida; no se pueden sacrificar a seres humanos para lograr objetivos económicos, políticos, culturales, étnicos o religiosos. La vida humana es intangible. No puede ser usada como medio para conseguir ningún otro fin. Ella es el único fin absoluto. Esto no puede reducirse a una mera declaración de principios. Tiene que ser el contenido primero que inculque la familia y promueva la educación, tiene que ser el primer compromiso de los Estados, el pacto que presida todos los desarrollos particulares de la sociedad civil, el horizonte en que se desenvuelvan los medios de comunicación, la ley y más aún la inspiración que consagren todas las religiones, y sobre todo el límite infranqueable que se ponga cada individuo, porque la vida, la de cada uno y la de los demás, se nos da para que la vivamos humanamente, no para que dispongamos de ella como si fuéramos sus dueños absolutos.

TODOS SOMOS VULNERABLES Y NOS NECESITAMOS

La novedad insólita de este acto monstruoso de guerra es que es la primera vez que Estados Unidos es atacado en su continente. De ahí el estupor, el abatimiento, la impresión de inseguridad, la humillación, el enfado, la ira contenida, la determinación de que caiga sobre los autores todo el peso de la justicia.

Estados Unidos, la mayor potencia económica, política y militar, estaba acostumbrado a intervenir en otros conflictos, bien porque estaban en juego sus intereses, bien para asentar a la vez sus principios y su hegemonía en el mundo. Es cierto que la guerra de Corea acabó en un empate y armisticio, y la de Vietnam en una derrota humillante. Pero a partir de entonces, con el desplome de la URSS y el avance de la tecnología militar, se había llegado a la impresión de una superioridad absoluta. Por eso la guerra del Golfo y la de los Balcanes habían sido llamadas eufemísticamente guerras limpias, es decir en las que uno de los combatientes puede dar batallas sin arriesgar a sus soldados y quedando sus instalaciones fuera del alcance de los enemigos.

Sin embargo este ataque mostró una tecnología impecable. Habiendo sido planificado durante mucho tiempo, no fue detectado por la inteligencia militar ni de USA ni de los aliados. Tuvieron que intervenir muchas personas infiltradas en el corazón del imperio y actuaron sin control. Pudieron acceder

a los aviones como pasajeros, secuestrarlos y alcanzar sus objetivos sin ningún contratiempo. Sólo falló uno por la iniciativa espontánea de los pasajeros. Y los objetivos no eran secundarios: lograron vulnerar, es decir destruir simbólicamente, los símbolos del imperio: el corazón financiero y el cerebro militar.

En el momento en que USA se creía sin ningún contendiente y un gobierno estrechamente nacionalista emprendía una política orgullosamente aislacionista, un enemigo sin rostro le golpea en el mismo corazón. La superpotencia que se pensó por encima de todos y que minimizó a los organismos internacionales porque ya no eran mera expresión de su voluntad sufrió una agresión como la que sus ciudadanos estaban acostumbrados a ver cómodamente sentados frente a sus pantallas de televisión porque siempre acontecían en lugares remotos.

También en cuanto a violencia pública estamos en una aldea global. Todos nos necesitamos. Ha llegado la hora de que la humanidad como tal y sus legítimos representantes tomen en sus manos conjuntas lo que le concierne como conjunto. Somos un conjunto de conjuntos. Es triste que sea la desgracia la que nos tenga que enseñar que tenemos un destino común. Que la solución no es salvarse aislándose de los demás. El dolor es camino de sabiduría, si nos dejamos enseñar por él.

Cuando el gobierno de USA está a punto de emprender un costosísimo proyecto de escudo antimisilístico, descubre su inutilidad ante este tipo de agresiones (que bien pueden ser las del futuro) que no utilizan armas sino que emplean como armas artefactos contruidos para otros fines, pero que resultan tan mortíferos como ellas. Revitalizar la industria de armamentos y volver al esquema de disuasión de la guerra fría no es el camino correcto.

DOS CAMINOS: VIOLENCIA Y DESPOTISMO O COOPERACIÓN Y VIDA

Este hecho luctuoso tiene tal magnitud que va a cambiar muchas cosas. USA ya no será la que era. Pero puede ser mejor. Nosotros desde Venezuela, como seres humanos solidarios y como americanos, es lo que anhelamos; y como ligados que estamos a su suerte es lo que nos conviene. Porque hay dos caminos posibles y tras ambos se encuentran fuerzas sociales que los impulsan, tanto en USA como en el resto del occidente desarrollado.

El primero es acabar con el terrorismo con el uso de una presión policial y militar que lo haga imposible. Es acabar con el terrorismo con la fuerza; casi estamos tentados a decir con el terrorismo de Estado, porque a la larga equivale a un sometimiento despótico del tercer mundo por parte del mundo desarrollado. Pero como el tercer mundo está también en el seno del primero, la lógica llevaría a acabar con la democracia, ya que se abriría un foso entre los ciudadanos occidentales, que constituyen el nosotros que es el sujeto de derechos, y los otros, que aunque están con ese nosotros están siempre bajo sospecha porque no son como los occidentales. Hasta ahora es el camino que se quiere evitar y por eso los líderes insisten en no estigmatizar a ningún pueblo ni cultura ni religión, sino concentrarse en encontrar y castigar a los culpables con el peso de la ley. Sin embargo no han hecho lo mismo los medios de comunicación que están empeñados en satanizar el islamismo, y, desgraciadamente, la población es proclive a este tipo de reacción que sólo conduce al despeñadero.

No será posible acabar con el terrorismo sin la acción policial, una acción policial mucho más cualificada y coordinada que la actual. Pero tampoco será posible acabar con él empleando sólo la fuerza. El terrorismo es una reacción inhumana y equivocada a una situación en la que se dan diferencias que no son mutuamente reconocidas, situaciones en que en vez de la palabra tendida como puente ha prevalecido el confinamiento en identidades estancas y desde ellas el fomento del prejuicio, el recelo, la ofensa y el resentimiento. Y por lo que se refiere al tercer mundo, que es lo que ahora nos interesa porque constituye el fondo de esta situación, situaciones de injusticia, de exclusión, de desprecio, incluso de demonización.

Si las situaciones no fueran en sí explosivas, el detonante del terrorismo sería pronto desactivado. Por eso no basta con la acción policial. Es imprescindible desactivar estas situaciones explosivas. Y eso sólo puede hacerse potenciando con toda decisión los bienes culturales de que se gloria tanto USA como Europa: Hacer de la democracia no sólo un carnaval electorero sino una verdadera cultura que se manifieste en todos los ámbitos de la vida, de modo que las diferencias de intereses se procesen en negociaciones y las diferencias de concepción del mundo y de cultura no den pie para la discriminación sino para la tolerancia y la complementación. Fundar la democracia en el respeto positivo, es decir en el fomento de los derechos humanos y no como sucede hoy, que el derecho a la libertad económica se

erige como absoluto y vacía de contenido a los demás, que son más primordiales que él. Sabiendo, como insistimos al comienzo, que el primer derecho es el derecho a la vida, lo que entraña desarrollar actitudes biófilas.

Este camino, el único razonable, no tiene a su favor a la mayoría de las corporaciones trasnacionales, que son el sujeto responsable de la dirección deshumanizadora y excluyente que ha tomado esta figura histórica. Sin embargo, a la larga también a ellas les conviene el clima de paz y creatividad que se generaría y la ampliación de la población productora y consumidora que acarrearía esta expansión. Sería la mundialización policéntrica que esperamos como superación de la globalización actual, que es estructuralmente violenta y que genera violencia. Todos los demócratas y humanistas del mundo estamos interesados en que triunfe este camino y debemos hacer lo imposible, aunando nuestras fuerzas, porque así sea. Dios quiere que saquemos bien del mal. Él ayude a las autoridades de USA, a su pueblo y a sus aliados, entre los que nos encontramos, para que así sea.

Mérida 14/9/2001

MORAL Y ÉTICA

El bárbaro atentado contra las Torres Gemelas y el Pentágono ha destapado bastantes cosas que estaban latentes y que exigen un cuidadoso discernimiento y una toma de posición decidida. Una de ellas es la naturaleza y el papel de las religiones. Prometemos un próximo artículo al respecto. Obviamente que los aspectos de geopolítica y de conducción política están en primer plano y es imprescindible tratarlos con la mayor perspicacia posible desde la perspectiva de lo que conduce hacia un aumento de humanidad o a una mayor deshumanización. También hay que referirse al papel de las culturas en esta época de aldea global y al conocimiento y respeto entre las diversas comunidades culturales y a la conveniencia del diálogo y el intercambio intercultural simbiótico. Otro asunto que está sobre el tapete es el papel de los medios, no sólo por el modo como han enfocado el tema, más creando opinión que informando, sino porque el mismo atentado fue concebido para que fuera un espectáculo ya que sabían que todas las cámaras estarían

enfocando las torres en el momento del segundo impacto. Son muchos los temas, interconectados en la única realidad, que deben ser esclarecidos.

Me voy a referir a uno que, además de tema en sí, es una dimensión presente en todos los demás. Es el tema de las conductas, de los comportamientos, de la posición fundamental ante la vida, de las pautas para orientarse ante los acontecimientos, del horizonte en el que adquieren sentido y valoración.

BUENAS COSTUMBRES

Creo que en la práctica solemos acudir a dos fuentes para orientarnos y decidir. La primera la llamo convencionalmente moral por su significado etimológico de costumbre. Moral sería así costumbre, costumbre sancionada como positiva por una colectividad. Una persona moral es, pues, alguien de buenas costumbres.

Claro está que no todas las colectividades coinciden en lo que entienden por buenas costumbres. En ese sentido se habla de relativismo moral porque ni sincrónica ni diacrónicamente encontramos consenso. Aunque, si no hay unanimidad, menos podemos hablar de pluralismo incomponible, de anarquía. Hay algunos principios básicos que obtienen un consenso generalizado y bastantes divergencias obedecen a maneras equivalentes de enfrentar circunstancias diversas. Aunque también es verdad que unas sociedades tienen sensibilidad aguzada hacia unas esferas de realidad en tanto pareciera que no dan relieve a otras, o tratan con gran finura unos temas y en otros no hilan tan fino. Incluso podemos hablar de ceguera generalizada frente a hechos estructurales que podemos considerar muy gruesos. Por ejemplo, en una determinada sociedad una persona de muy buenas costumbres puede tener esclavos y tratarlos como tales o puede considerar como no personas o no considerar como existentes en su mundo de vida a gentes que para ella son de razas inferiores.

Así pues la moral, tal como la venimos considerando, es una construcción social. Se va creando por quienes representan la honorabilidad social, que tendencialmente coinciden con los que rigen la sociedad desde las distintas esferas de poder. Esa construcción social no es arbitraria sino que tiene que ver con el modo de habérselas con la realidad que va hallando esa colectividad. En diverso grado a través de él persiguen como objetivos la

estabilidad vital tanto del conglomerado humano como de cada individuo, la seguridad, el reconocimiento, el mantenimiento de la correlación social en las relaciones cotidianas, en la actividad económica y en el manejo del poder, así como la acumulación de riquezas, el disfrute, el perfeccionamiento personal, la ayuda mutua, la innovación...

En la historia que conocemos el proceso ha ido en la dirección de la complejificación: la creación de sujetos individuales cada vez más densos, más capaces de autodeterminarse y más autónomos, y la creación correlativa de lazos cada vez más tupidos, de redes tendencialmente autosubsistentes. Hay aquí entrañada una tensión muy fuerte que puede resolverse por el dominio de un vector sobre el otro, que queda casi anulado o secuestrada su autonomía y puesta su consistencia en función del que lo domina; o que puede vivirse superadoramente como mutua potenciación.

ES BUENO TENER BUENAS COSTUMBRES

Un aspecto de las sociedades más desarrolladas es que han logrado difundir un conjunto de buenas costumbres que contribuye grandemente a que cada individuo pueda desarrollarse de un modo expedito y a que se logre un clima de respeto, al menos negativo, y de bienestar. Hay que valorar grandemente este avance en moralidad. La impresión que se tiene es que la gente sabe cómo comportarse y se atiene a ello. Como cada quien funciona como se espera que funcione, las cosas marchan de un modo expedito, como por un acuerdo o contrato tácito. Así el contacto social resulta previsible y causa satisfacción comprobar cómo las cosas funcionan como deben. Esto se expresa en el tráfico, en la manera de caminar por la calle, en el cuidado de no ensuciar nada, de no molestar al otro, de no interferir en los demás, de cumplir los contratos, de pagar los impuestos, de responsabilizarse del trabajo asignado, de reclamar sus derechos por los cauces pautados, de seguir el desempeño del Estado y del gobierno velando porque sirvan a sus legítimos intereses individuales y grupales...

Esta manera de ser ante los demás y con los demás, que incluye una fuerte dosis de voluntariedad libre y que está resguardada también por el peso de la ley en caso de infracción, debe ser considerada muy positivamente, y en sí es una meta para las sociedades del tercer mundo que no hemos llegado a alcanzar colectivamente estas buenas costumbres, tan convenientes para la

convivencia civilizada. La falta de respeto que encierra el pasar ensuciando todo o manejando como si sólo uno tuviera derechos, el prometer y no cumplir, empezando por el Estado, siguiendo por el gobierno y continuando por las empresas y por los empleados y clientes, la impunidad absoluta cuando se quebranta la ley, la inexistencia de seguridad social y jurídica, son problemas gravísimos, que íbamos en camino de resolver conforme avanzaba el siglo XX, pero que en el último cuarto de siglo se agravaron hasta el estado crítico en que hoy nos encontramos. Desde nuestra postración social ¿cómo no valorar la civilidad del primer mundo, que, insisto, nosotros íbamos en camino de conseguir y de la que ahora estamos tan lejos?

ÉTICA: RESPETO POSITIVO AL OTRO

Pero ésta no es la única fuente de nuestros comportamientos. Además de la moral, en el sentido que le hemos dado de buenas costumbres, existe la ética. Llamo ética a una actitud trascendente a las costumbres, aunque está llamada a convertirse en fuente de buenas costumbres. La ética, en este sentido trascendente que le damos, tiene tres elementos básicos. El primero es el respeto positivo al otro, entendiendo por tal al que no pertenece al conjunto desde el que estoy juzgando sino a otro tenido por inferior. Por ejemplo, en nuestro país el problema ético del reconocimiento al emigrante no se refiere a un alemán o escandinavo y ni siquiera a un italiano o español sino a un colombiano, dominicano, ecuatoriano, guyanés o haitiano.

Respeto es ante todo no discriminación. Ésta se da ya en el modo de estar ante esa persona, de mirarla o no mirarla y de dirigirse a ella; se refleja en las condiciones laborales y de vivienda, en la invisibilidad a que tiene que someterse ese nosotros a quien no damos ese derecho a la existencia social. Pero el respeto positivo entraña además el reconocimiento de que él, que es distinto (en el sentido de perteneciente a conjuntos que no son los nuestros), es de igual dignidad que yo, y por tanto lo tengo que respetar como me respeto a mí, en su condición de ser distinto que yo. Esto significa que no lo respeto a pesar de ser negro, para poner un ejemplo, sino en su condición de persona de raza y cultura negra.

Reconocerlo exige como paso previo conocerlo, es decir que exista para mí como ese ser humano con su condición cultural concreta, y en segundo lugar significa hacerle saber en la práctica que para mí es valioso, es decir que su diferencia enriquece mi vida y a la colectividad de la que ambos

formamos parte. El culmen del reconocimiento es desear ser reconocido por él, lo que entraña que lo considero punto de referencia para mí; ésa es la mayor prueba de que para mí es realmente valioso.

Ya hemos anotado que entre nosotros hay mucha falta de reconocimiento del otro. El caso más sintomático es el de la policía y la guardia nacional que para, pide documentos y requisita casi exclusivamente a los que tienen rasgos negros o aindiados, o el funcionario que trata bien al que tiene cara de doctor y despóticamente a los demás. Por eso el que va a buscar trabajo oculta que vive en un barrio y nombra la avenida adyacente. Y sin embargo, a pesar de que todo eso es cierto, se dan muchos vasos comunicantes, muchos modos de reconocimiento. El más patente es el nuevo mestizaje que se viene dando desde hace cuarenta años, que está cambiando el mapa humano del país, y el consiguiente surgimiento de la cultura suburbana. Hay que decir que, aunque en estos últimos años la escasez económica y de fuentes de trabajo y la ideologización del presente régimen político ha subido el tono de la pugnacidad social y la hostilización, de modo que en verdad somos una nación dividida, a pesar de eso y contradiciéndolo, se sigue dando el reconocimiento, de tal manera que en este sentido podemos afirmar que, aunque debemos avanzar mucho, no carecemos de ética.

Respecto de los países desarrollados podemos asentar de modo general que cuando las buenas costumbres se practican no sólo en el propio conjunto social, es decir con los nuestros, sino respecto de los otros, es señal de que esa moral contiene trascendencia ética. Es patente que no sucede así en el primer mundo respecto del tercero y de los emigrantes tercermundistas que viven en su seno. La civilidad del primer mundo se da sólo entre ellos. Ellos son unos bárbaros respecto de los demás. El primer mundo fomenta sistemáticamente la inhumanidad del tercer mundo, y en primer lugar de sus líderes, para servirse de ellos, para venderles sus productos. Existen minorías muy éticas en el primer mundo, pero las mayorías y sus líderes, tanto las corporaciones transnacionales como los Estados, desconocen al otro de modo aterrador. Sólo esta decisión antiética de excluir de su mundo de vida a los otros puede explicar la brecha creciente entre ricos y pobres. Ésta es la violencia institucionalizada de que hablé Pablo VI. En este sentido es verdad que el mundo desarrollado ha sembrado vientos y empieza a recoger tempestades. La diferencia de potencial entre ambos mundos es tan abismal que no es posible que no salte la chispa.

Actualmente el primer mundo vive como el bajo imperio romano: bajo la pesadilla de los bárbaros. Como para ellos es absoluto no bajar su nivel de vida, la vida de los demás queda relativizada, no reconocida. Para ellos los otros son una pesadilla. Se desearía vivir como si no existieran, aislarse de ellos. Por eso cierran las fronteras, destinan ingentes recursos materiales y humanos para impedir que entren o para expulsarlos si han entrado. Pero en el fondo se sabe que la contención sólo será provisional y que acabarán entrando. Esa posibilidad causa pavor. Tener que compartir con ellos lo logrado durante tantas generaciones resulta insoportable. Pero más lo es aún ponerse a pensar que con el tiempo, no tanto tiempo, el propio país de uno cambiará de fisonomía, porque los otros ya están en él y no se les puede negar el derecho de ciudadanía sin negarse ellos mismos. El que en USA los anglosajones se conviertan en la primera minoría, lleva a pensar qué será entonces USA. Prefieren no pensarlo. Pero lo mismo podemos decir, por ejemplo, de regiones y ciudades de Alemania respecto de los turcos. Ya Berlín tiene una minoría turca significativa. ¿Hay capacidad para aceptar este hecho, incluso para resignarse a él? Hoy las buenas costumbres del mundo desarrollado coexisten con una resistencia instintiva a reconocer al otro, resistencia tan cerril que no acepta ser procesada y discernida.

ÉTICA: ORIENTACIÓN A LA VIDA

El segundo elemento de la actitud ética es la orientación a la vida. Estar orientados a la vida, más por ejemplo que a la competencia y al consumo, es signo de trascendencia. Yo soy un ser vivo, pero la vida es anterior a mí y más amplia que yo. Reconocerme como un viviente entre vivientes, de modo que viva y permita vivir y dé vida, es una actitud trascendente. Saberme puesto en la vida por otros vivientes y hacer que mi vida desemboque en otras vidas es una postura humana trascendente. De ella forman parte también el estar con los demás, el aceptarme y quererme como parte del conjunto humano de los vivientes. Y por eso, no querer acaparar la vida sino convivir de un modo abierto.

Es totalmente distinto vivir desde el individuo fragmentado y absolutizado, que hacerlo desde el tejido de la vida que siento latir en mí, pero también en otros. El grado máximo de la trascendencia en la vida es el empeño por vivir de tantos a quienes se les niegan las condiciones para hacerlo.

Ese conato agónico por la vida, triunfando de la elementalización que tiende a convertirlos en bestias o en fieras o en arribistas sin alma o a echarse a morir, es la existencia ética por antonomasia.

En las condiciones en que estamos de falta de horizontes económicos y sociales, desmantelado el Estado y con una impunidad total, parecería lógico que fuéramos un país de lobos. Y a pesar de tantos crímenes, asaltos y robos, a pesar de tanto individualismo insolidario, todavía prevalece la orientación a la vida.

Esa orientación a la vida no se da en el primer mundo. La muestra más clara es su infecundidad: es un signo característico de las civilizaciones refinadas y decadentes. Un componente es preferir el disfrute, el bienestar, el placer o el posicionamiento social, la lucha por la competencia y el estatus a dar lugar a otros. El otro es la angustia que causa la responsabilidad de tener que encargarse de una vida. La ansiedad de tener una vida indefensa en sus manos, el temor de no darle lo que se merece, de los riesgos a que se expone, es un signo patético de que en medio de tanta delicadeza de conciencia se ha perdido la confianza en la vida, la inmediatez respecto de la vida, el instinto de manejarla con naturalidad y solvencia, que poseen, sin embargo, tantas personas del tercer mundo.

Esta falta de orientación a la vida se ve también en la dificultad de procesar la muerte como un acontecimiento de la vida, como es el nacimiento. El morir se invisibiliza socialmente. Es algo de mal gusto referirse a ello o a una enfermedad incurable. El tercer mundo, por el contrario, solemniza vitalmente la muerte y dispone de ritos untuosos de despedida que duran bastantes días.

Otras manifestaciones de la falta de orientación a la vida tienen que ver con la dificultad de estar y el sacrificio sistemático de esta dimensión en aras de la eficiencia, tanto de la producción como del consumo que va adquiriendo la misma compulsividad del trabajo. La gente del primer mundo se desvive. Y la deformación es tal que considera un dispendio la convivialidad de los pueblos del tercer mundo.

Pero la manifestación más acusada de la falta de orientación a la vida es la insensibilización respecto del estado de pobreza de la mayoría de la humanidad. Se sabe que mucha gente muere diariamente por hambre, por enfermedades de pobres, por falta de salubridad ambiental y de servicios médicos, por falta de fuentes de trabajo, y se cierra el corazón a esta realidad.

La privatización de los espacios públicos, la creación de comunidades exclusivas que tienen todo lo necesario para la vida de manera que sus miembros no tengan nunca que ver a quienes no son como ellos y pertenecen a su mundo es la máxima expresión de esta cerrazón vital. Una motivación fundamental para hacerse rico en la vieja Europa era el exhibirse ante los demás, que incluía a la vez el ser reconocido por ellos y por eso la prestación de servicios públicos que eran o se presentaban como beneficios para la colectividad. Esta actitud ya no existe en las personas y respecto de las corporaciones queda confinada al cinismo de la propaganda como un componente del mercadeo. La respuesta de Caín a Dios “¿qué tengo yo que ver con mi hermano?” es la respuesta del primer mundo respecto del resto de la humanidad. Es la respuesta de Caín. ¿Hay violencia más masiva y desalmada que esta apatía, que esta falta de corazón de los que tienen como cambiar la situación, pero que no sienten ningún impulso a hacerlo?

ÉTICA: CAPACIDAD DE SACRIFICIO

El tercer elemento de la actitud ética es la capacidad de sacrificarse por lo que está más allá de sí. Por ejemplo, por los hijos: sacrifico años de trabajo y bienestar social para tener unos hijos. Doy parte de mis recursos a mi familia extensa, no lo guardo sólo para mi casa. Recibo a otros en mi casa porque necesitan cobijo. Ayudo a los que necesitan más que yo. Nos ayudamos. Colaboro en el vecindario o en otros grupos y asociaciones... Y lo mismo a nivel social. Apruebo que una parte sustantiva del presupuesto se dirija a la promoción de los desfavorecidos, pago mis impuestos, no busco sólo mi logro sino también el de otros, prefiero tratos simbióticos en los que todos salgamos ganando a que yo sólo gane y los demás pierdan...

El primer mundo tiene cerrada la puerta al sacrificio por otros. La autoexplotación a la que los individuos se someten para prevalecer en la lucha por la competencia es tan excesiva, tan antinatural, que no quedan energías y menos aún disposición para dedicar a empresas altruistas. Si yo me estoy sacrificando a mí mismo, estoy gastando mis mejores energías, desoyendo a mi conciencia, marginando frecuentemente a mis amigos y hasta a la mujer y a los hijos por los negocios ¿cómo voy a sacrificarme por otros seres humanos a los que no siento que me unen vínculos ni responsabilidades? El dinamismo de esta figura histórica sacrifica lo más humano de quienes la

diseñan y usufructúan. Estas personas que son conscientes de que han sacrificado al logro y al status lo mejor de sí ¿qué disposición pueden tener de sacrificarse por los demás? Si en el esquema de la competencia uno gana y los demás pierden, si la estructura de esta figura histórica es en sí misma sacrificial ¿cómo va a haber lugar en ella para la entrega libre de sí para el bien común o para el desarrollo de los que están en desventaja? Si esta figura histórica basa su éxito en el sacrificio de los que la usufructúan y en sacrificar al resto de la humanidad para que se mantenga el bienestar ¿qué sentido tiene hablar de entrega libre aunque onerosa, de entrega por amor, a los demás?

Quiero volver a insistir en que las minorías del primer mundo sí reconocen al otro, se orientan a la vida y se sacrifican por otros seres humanos, son personas de gran calidad ética. Pero las mayorías y los líderes están dispuestos a sacrificar a todos con tal de que ellos puedan seguir viviendo en su paraíso excluyente, cultivando el árbol del conocimiento de la ciencia técnica y comiendo del árbol del placer y del poder más allá del bien y del mal.

Queremos confiar en que el atentado y la guerra subsiguiente puedan cambiar esta dirección excluyente. Esperamos que la guerra, pasadas estas primeras operaciones, dé paso a una labor de inteligencia mundializada para detectar, aislar y acabar con las redes terroristas, poniendo presos a sus integrantes; y sobre todo que dé paso a una voluntad decidida de construir una autoridad mundial realmente pluralista que encamine al mundo en la dirección de un encuentro simbiótico, de un reconocimiento sincero y de una colaboración en la que todos salgamos ganando. No decimos esto como un saludo a la bandera sino porque queremos esperar; porque así como no desesperamos de nosotros mismos sino que seguimos confiando en que podemos cambiar en la dirección de una mayor humanidad, también abrigamos esa confianza respecto de sectores cada vez más numerosos de los países desarrollados y de sus responsables. Tenemos esperanza de que esa imagen deplorable de los líderes de los países más ricos, reunidos en Génova en una verdadera cárcel porque no representaban a sus pueblos sino a las corporaciones multinacionales, dé paso a encuentros más plurales y por eso abiertos y hasta, libre ya de provocadores, como se dice, en olor de multitudes.

Caracas 16/10/2001

EL MUNDO TRAS EL ATENTADO: DOS CUESTIONES DE FONDO

Los atentados del 11 de septiembre y las medidas militares, políticas, policiales y legales que han ido tomándose han puesto al descubierto a los ojos del primer mundo dos situaciones frente a las que tienen que optar.

1. RESENTIMIENTO JUSTIFICADO

La primera es el enorme resentimiento que su actuación inveterada ha venido provocando en el tercer mundo. No digo que el atentado se explique por este estado de ánimo sino que él es el caldo de cultivo en el que surgen este tipo de respuestas. Sin otros ingredientes, entre ellos un tipo de fundamentalismo que sataniza a los enemigos, el resentimiento nunca va a provocar reacciones tan monstruosas. Pero los terroristas no tendrían campo abonado para reproducirse, ni base de apoyo o por lo menos de connivencia para actuar y resguardarse, si el estado de ánimo de muchos millones de personas no fuera de humillación y amargura respecto del occidente desarrollado.

1.1. El occidente atrae al tercer mundo

Los medios masivos de información y entretenimiento han sido hasta hoy los cauces por los que el occidente espera convertir su dominio despótico en hegemonía. El occidente no ha tenido hasta hoy ninguna intención seria de cambiar su relación completamente asimétrica con el tercer mundo: una dirección en la que sólo él impone las reglas de juego, una relación avasallante que no sólo esquilma a los países pobres que son por eso empobrecidos, sino que más aún les niega su condición de sujetos, los desprecia, los humilla, los desconoce. El occidente, y sobre todo USA, ha pensado que la magia de los medios podía seducir de tal modo a los pueblos del tercer mundo que acabarían hechizados por esa realidad virtual y por tanto adoradores de occidente, adictos a él; de tal modo que las propias culturas irían perdiendo peso y atractivo, y

las personas irían dejando cada vez más su condición de creadores culturales para convertirse en consumidores de los sueños enlatados que les suministra el occidente, en compradores de sus mercancías y sobre todo en seres comprometidos con su estilo de vida como el horizonte deseable. Los medios masivos lograrían que los pueblos del tercer mundo fueran dejando sus culturas hasta convertirse en marginados, es decir en seres que se definen por aquello que tiene y es el occidente y de lo que ellos carecen.

Es un error pensar que la seducción de los medios masivos se debe principalmente al brillo fantástico de su formato. Es cierto que ese fulgor encanta. Pero la atracción casi irresistible que despierta el occidente en los pueblos del tercer mundo estriba en sus bienes civilizatorios y menos pero también en sus bienes culturales. Los bienes civilizatorios del occidente son en verdad muy deseables porque posibilitan y potencian la vida y suponen un salto tan súbito que después de haber entrado en su órbita no hay regreso. Esto significa que o llegan a ellos o viven como marginados de ellos. En este sentido relativo estas personas del tercer mundo adquieren una pobreza que antes no tenían pues pensaban que así era la vida mientras ahora han descubierto posibilidades tan superiores que ya no les merece la pena vivir sin ellas. En ese salto tecnológico, traducido en producción de bienes, estriba sobre todo la capacidad de imantar que posee occidente. Pero tampoco hay que desdeñar los bienes culturales: tanto la forma de organizar la sociedad, lo que podemos llamar la cultura de la democracia, como el respeto ambiental de los derechos humanos, sobre todo unos cuantos. Es cierto que hay culturas del tercer mundo que poseen una relación más armónica con la naturaleza y que fomentan el respeto entre sus miembros; pero no pocas de ellas, intervenidas por el occidente, se encuentran perturbadas, roto su equilibrio ancestral y en proceso de transición. Aun así conservan bienes culturales que cada vez más las minorías del occidente conocen y aprecian y ansían recibir a través del diálogo. Pero aun los pueblos que conservan bienes culturales más cualitativos, desean sin embargo, adquirir también algunos del occidente así como sus bienes civilizatorios cuya carencia les mortifica.

1.2. FRUSTRACIÓN ENCAUZADA POR EL FUNDAMENTALISMO

Es verdad que habría razones para pensar que el occidente y sobre todo USA estaba teniendo un éxito arrollador en la empresa de vender su

imagen y en el objetivo de quitar la condición de sujeto a los pueblos del tercer mundo. Sin embargo, lo que ha aflorado a raíz del atentado ha puesto al descubierto la cara oculta de la luna. Ese proceso de hechizo y mimetismo no puede llegar a objetivarse, es decir a realizarse en su propio mundo de vida ya que no hay transferencia tecnológica ni capacidad económica ni a veces organizativa para producir ellos esos bienes ni acceso a los que produce el occidente, y ello provoca una enorme frustración y amargura, que coexiste con la fascinación.

Pero además los medios masivos producen rechazo cuando se advierte su función de opio, que adormece la conciencia de la realidad y de la propia dignidad. A los partidos políticos de izquierda y otras organizaciones sociales de hace algunas décadas han sucedido los fundamentalismos en la tarea de concientizar a las masas del tercer mundo. No estamos sugiriendo que los fundamentalismos sean privativos de esos ámbitos ya que ellos abundan también en el primer mundo, incluso en sus esferas de tecnólogos sofisticados o de profesionales y empresarios acomodados, sino que el tercer mundo tiene sus razones específicas para su desarrollo. El fundamentalismo es una reacción frente al individualismo desvalorizador que propone la dirección dominante de esta figura histórica que sólo contempla como valor y criterio para actuar las preferencias individuales. Entre los ricos suele revestir un carácter compensatorio para paliar el vaciamiento que causa la entrega a esta propuesta ambiental. Los pobres lo asumen, en cambio, como alternativa vital superadora.

En el tercer mundo el auge del fundamentalismo tiene que ver con la derrota de los movimientos sociales y políticos que buscaban un desarrollo con justicia y participación y asumiendo conjuntamente las culturas de sus pueblos y los bienes civilizatorios y culturales de occidente. Esa derrota se debe en parte a los propios errores de estas fuerzas sociales, pero la causa principal hay que buscarla sobre todo en la ceguera de USA y el resto de occidente, que apoyaron a las fuerzas más retrógradas porque no querían unas relaciones con el tercer mundo que no fueran de completa subordinación. Al quemar las alternativas realmente superadoras, los fundamentalismos han tomado el relevo y cunden en el tercer mundo como chispas en un cañaveral reseco. Mientras los intelectuales no mimetizados que quedan parecen sumidos en su mayoría en la perplejidad, la religión en su versión fundamentalista los ha sustituido como intelectuales orgánicos o más bien ha creado sus propios cauces desde sus propios presupuestos.

1.3. El occidente no quiere ver e ideologiza su relación con el tercer mundo

Hoy el mundo desarrollado sabe que en el tercer mundo no se lo quiere, y sabe que las razones de tanta animosidad, incluso odio, son razones de peso, razones reales, razones justas y razonables. Sabe también que seguir apostando al señuelo de los medios masivos para no tener que cambiar es una dirección inhumana y suicida. Lo saben o lo están aprendiendo con dolor, lo están empezando a saber, y ello les remece su autoimagen de civilizados y civilizadores, de luz del mundo y bienhechores de la humanidad. Aunque, si no se deciden a cambiar, más temprano que tarde empezarán de nuevo a engañarse a sí mismos.

El presidente de USA es un ejemplo sobresaliente de esa capacidad de ideologización legitimadora y absolutizadora. Palabras tan infelices como Cruzada, Justicia Infinita, el Bien contra el Mal, Soldados de la Libertad, Civilización contra Barbarie... han salido de sus labios desde el principio en alocuciones solemnes con el objetivo de conminar a todos a alinearse sin matices con ellos so pena de ser acusados de connivencia con el Mal absoluto que es el terrorismo y los gobiernos que lo apoyan o dan cobijo. Es cierto que el terrorismo es un mal que hay que condenar sin ningún paliativo y que hay que tratar de eliminar con toda eficacia. Pero al calificarlo así yo no me puedo colocar como la Civilización, la Libertad, la Justicia y el Bien hipostasiados; porque todos sabemos las enormes lacras de esta civilización y porque la dirección dominante que ha tomado esta figura histórica, por la unilateralización deshumanizante que produce en sus miembros y por la exclusión de las mayorías de la humanidad, configura una situación negativa que cristianamente calificamos con el Papa de situación de pecado.

Eso no significa que occidente no tenga autoridad moral para combatir al terrorismo: la democracia occidental, aun con todos sus fallos, que son muchos, da derecho para hacerlo, y por eso no hay que recurrir a mitificaciones para combatirlo. Pero además, si la democracia es la fuente del derecho, el occidente no puede combatir al terrorismo con todos los medios. Si se sale del derecho, pierde la autoridad moral y sólo queda una lucha de poderes ciegos, inhumanos y deshumanizadores. Y eso es lo que está haciendo USA al sacrificar la democracia a la seguridad. Ése es el despeñadero por el que no debemos caer. Esto es malo para todos, y los aliados sinceros de USA no pueden desistir de manifestarlo y aun gritarlo si es preciso. No se puede

aceptar que una democracia no puede ser fuerte, que la fuerza de la ley resulta ineficaz y que es preciso poner entre paréntesis la constitución para combatir al terrorismo, sin respetar los derechos humanos, ya que este modo de proceder es precisamente lo que invalida de modo absoluto al terrorismo.

Pero el problema es mucho más grave porque la mayoría de los líderes del tercer mundo no representan los intereses legítimos de sus pueblos sino sus propios intereses y los de las cúpulas, que actúan como intermediarios del occidente cobrando un tremendo peaje por un oficio tan ruin. Como occidente ha envilecido sistemáticamente al tercer mundo, no basta con que cambie él, tiene que pasar de modo inequívoco al tercer mundo la señal de que las reglas de juego son otras y la relación será ya transparente y basada en el respeto mutuo y el interés recíproco. No hay sin embargo señales en ese sentido y sí en sentido contrario: la negativa a suscribir el acuerdo de Kioto sobre la eliminación de los elementos contaminantes y el proteccionismo a sus empresas, desde la agricultura a la aviación pasando por el acero, hace ver que los demás continúan siendo sacrificados sistemáticamente para que USA no retroceda e incluso incremente su posición de líder mundial. Aunque el no actuar de modo unilateral sino buscar alianzas, no sólo en occidente sino a nivel mundial, incluso en el mundo árabe, vaya, al menos provisionalmente, en la dirección contraria.

2. EL FIN DEL OCCIDENTE

La segunda situación que emerge del 11 de septiembre es de más largo alcance todavía: es que la fisonomía actual del occidente está amenazada y que no se mantendrá sino a sangre y fuego y a costa de la democracia y los derechos humanos, a costa del envilecimiento de las sociedades occidentales; y eso no por mucho tiempo.

2.1. Época de las grandes migraciones

Esto es así por dos razones: La primera es que la diferencia de potencial (para decirlo en términos de la física) entre el mundo desarrollado y el tercer mundo es tan elevada que es casi imposible que no salte la chispa y se produzcan enormes corrientes, cuando no cortocircuitos. Por más que se aísle

(y ya lo están haciendo tanto USA como Europa) ellos saben que los del tercer mundo seguirán entrando masivamente, que aunque los encarcelen, deporten y maten o ellos mueran en el intento, siempre habrá muchos más que ocuparán sus puestos y tomarán su relevo. El tercer mundo son incomparablemente más. Y esa superioridad (el occidente siempre ha tendido a considerar a la masa una magnitud despreciable) no podrá ser neutralizada.

Pero es que además el occidente necesita del tercer mundo, de su mano de obra, no sólo barata sino incluso especializada. Con sus tasas de natalidad tan ínfimas cada vez necesita más de él. El occidente preferiría tener tan sólo trabajadores temporarios; pero no puede evitar que con el tiempo se transformen en ciudadanos. Es más, muchos ya lo son. Si impide esta transformación, se está negando a sí mismo.

Es patente que estamos entrando en una época nueva. Y poco a poco vamos abriéndonos a la idea de que la novedad es mucho más profunda de lo que podemos percibir e inmensamente más de lo que somos capaces de asimilar. El occidente tiende a ligar esta novedad a los bienes civilizatorios que él produce y que han provocado la globalización, cuyo exponente más visible son las corporaciones transnacionales que ciertamente han extendido sus tentáculos a los más apartados rincones de la tierra. Es cierto que esta globalización del capital y la producción y distribución es no sólo un hecho económico sino ideológico y jurídico. Las potencias al servicio de las grandes corporaciones han conseguido que todas las naciones les abran sus puertas. El gran capital puede circular libre y amparado por todo el mundo, mientras el primer mundo cierra sus fronteras no sólo a la mayoría de los productos del tercer mundo que pueden competir sino sobre todo a los trabajadores que quieren hacerlo.

Y sin embargo, si nos atreviéramos a mirar la realidad sin orejeras, veríamos que el elemento que está provocando más cambios y sobre todo que va a provocarlos es el movimiento de los pueblos del tercer mundo corriéndose por toda la tierra en busca de la vida y presionando sobre todo al occidente. El mundo antiguo acabó con la época de las grandes invasiones. Ahora se está dando este mismo fenómeno a escala realmente planetaria. Ésta va a ser, está empezando a ser, la mundialización de fondo. Ella va a cambiar radicalmente el mapa humano, tanto que USA y Europa no serán ya lo que han sido hasta ahora.

Por de pronto es un hecho que el tercer mundo ya está dentro del primer mundo y que dentro de él crece demográficamente, en tanto el resto de la población o está estancada o decrece. Pero es que además esa población no ha roto con sus lugares de origen y ayuda activamente a los que pugnan por entrar. Durante un tiempo el primer mundo se hizo la ilusión de la asimilación de estas minorías. Eran tan discriminadas que también ellas lucharon porque se acabaran las segregaciones sociales mediante leyes igualitarias que garantizaran no sólo la igualdad de oportunidades sino la aceptación social. Pero ahora, lograda la igualdad social, aspiran también al reconocimiento de su diferencia. Ellos aceptan lealmente las normas de convivencia establecidas, digamos las reglas de juego más amplias sobre las que está basada la sociedad occidental, pero en lo demás quieren seguir siendo ellos mismos en un grado mucho mayor de lo que tal vez los indígenas occidentales estén dispuestos a tolerar. Tanto es así que surge la pregunta de si podremos seguir diciendo nosotros.

2.2. Asimilación versus reconocimiento de las diferencias

¿Se dará ese reconocimiento mínimo que funde un sentido de pertenencia? Vamos a poner un ejemplo. En USA la mayoría admite que un mulato pueda desempeñar un puesto importante en el entendido de que en su desempeño demuestre que no se le nota que lo es; pero sería inaceptable si se empezara a comportar como mulato, aunque sólo sea en las cosas más accidentales como el modo de hablar, de moverse, de comunicarse... Mucho más inadmisibile sería si expresara preferencias tanto respecto de los negros estadounidenses y otros grupos afines como respecto de los países africanos. Lo mismo podemos decir de un sacerdote, un profesor de secundaria o un juez. La aceptación hasta hoy está basada en la asimilación.

La prueba más clara de que esto es así la proporciona el grupo humano más antiguo que Europa ha discriminado siempre por su determinación de seguir siendo ellos mismos. Este grupo son los gitanos. Los europeos más progresistas se sienten frustrados, molestos y en el fondo perplejos porque los gitanos no aceptan las propuestas sinceras que se les hacen para que se integren en el conjunto social. Para los que las proponen son propuestas muy ventajosas y por eso su rechazo sólo puede ser atribuido a incompetencia e irresponsabilidad, a una inferioridad que parece congénita e irremediable.

Este fracaso les produce frustración porque desmiente su horizonte utópico de una humanidad en el fondo una (la civilización y cultura occidental) que en medio de sus diferencias ancestrales, respetadas por todos y cultivadas asiduamente por cada pueblo, camina al desarrollo compartido. El que los gitanos se aprovechen de las ventajas del occidente sin querer cargar con las consiguientes responsabilidades, ya que las utilizan para vivir mejor su vida y no para compartir la del conjunto, les parece una actitud reprochable e inadmisibles. No se les pasa por la cabeza que lo único que pretenden los gitanos es que les permitan seguir siendo ellos mismos, que acepten su diferencia, que acepten por tanto la coexistencia pacífica en el mismo suelo de dos culturas. Sólo esta aceptación puede poner las bases para una relación simbiótica basada en el respeto mutuo. Sólo desde estas bases podrá instaurarse una colaboración leal. Pero estas bases no sólo no son aceptadas por el cuerpo social sino que ni siquiera están contempladas en el horizonte societario. En este horizonte sólo se avista la asimilación, y ésta a pequeña escala y con muchas restricciones de modo que no perturbe la armonía adquirida y sobre todo el tren de vida, magnitud que se considera no negociable.

2.3. Si el occidente resiste, ya no será el occidente

Pues bien, éste es el modelo que está en trance de ser desbordado. El tercer mundo va a irrumpir en el primero mucho más drásticamente, tanto que éste no seguirá siendo lo que actualmente es. El occidente no seguirá siendo el occidente, como lo que se iba formando a partir del siglo V no fue ya el imperio romano. En la medida en que esto se acepte y se dé lugar, los cambios serán menos drásticos y más graduales y sobre todo en lo que vendrá podrá conservarse mucho de lo mejor de lo que actualmente existe. Esto, nada menos, es lo que está en juego. Pero el occidente actual puede pensar con razón que está inmensamente mejor pertrechado que el imperio romano para intentar con éxito contener esa invasión. Y hay que conceder que esto es cierto, y por eso es muy grande, casi irresistible, la tentación de ir reestructurándose mental y estructuralmente para impedirles el paso. El occidente va a pretender tomar esa determinación manteniéndola en un plano lateral, es decir sin que incida en su *ethos* ni en su *pathos*. Va a intentar convencerse a sí mismo de que esa defensa de su civilización demuestra el aprecio que tiene de ella y que por eso es un ejercicio de sus mejores principios.

Y, sin embargo, la realidad es que esa defensa transformará a las personas, al ambiente y a las estructuras ya que cada vez exigirá más atención, recursos y energías y demandará decisiones que acabarán negando sus mejores adquisiciones en cuestión de humanidad. Abocarse a defenderse de los presuntos invasores endurecerá y elementalizará al occidente hasta extremos irreconocibles. Los retrotraerá a los peores tiempos de las guerras mundiales. Les privará de lo que les queda de dignidad moral. Insisto en que esta transformación será gradual e imperceptible, un simple deslizarse por un plano inclinado. Se evitarán los planteamientos globales, como el que hacemos aquí, y se pretenderá que cada medida es aislada y no supone ningún cambio de rumbo.

2.4. La posibilidad de una historia distinta

Sólo aceptar un mundo distinto en la propia tierra de uno, aceptar que puede estar acabando un ciclo histórico y estar naciendo otro nuevo, puede capacitar para abrirse a la novedad histórica para que se dé del modo menos traumático y más positivo posible. Pero será casi imposible abrirse a esta novedad histórica si no se acepta la responsabilidad colectiva de haber llegado a un estado de cosas que es en sí violento e invivible. La dirección dominante de esta figura histórica violenta a la realidad histórica que está fundada en la respectividad estructural de todos los seres humanos que estamos posicionalmente vertidos unos en otros antes de cualquier decisión al respecto. El desconocimiento y el desprecio de la mayoría de la humanidad no hace justicia a la realidad, como tampoco las relaciones asimétricas que el occidente impone. Este estado de cosas violento, más la vitalidad de los pueblos del tercer mundo es lo que provoca el indetenible movimiento de pueblos que se está dando. Esto es lo que es preciso concienciar y asumir.

Si lo hacemos, caeremos en la cuenta de que el abrimos a esa nueva situación, aceptando los costos en pérdida de seguridad y tren de vida, y colaborando con todas nuestras capacidades para que se dé del mejor modo es una oportunidad de salvación, de salir de la decadencia esplendorosa en que se encuentra occidente, y arribar a un estadio humano más ético, más ecuménico, más biófilo, y también más creativo. Esto es lo que es crucial que nos lo planteemos para queándonos el tiempo que sea indispensable podamos decidir lo que suponga un avance en humanidad.

Caracas 17/12/2001